

Escrito por:
Perséculo



LA REVÁLIDA

Había llegado el momento para el que se llevaba preparando toda la vida. El adiestramiento había sido largo, incómodo, lleno de dificultades y de granos. Odió los granos. ¡Ojo! Sólo pensar en los granos le podría... prefirió ni acabar el pensamiento. Pero ya era demasiado tarde y el recuerdo se manifestó como un fugaz latigazo de dolor. Agosto tras agosto de pérfidos granos que se acumulaban inquebrantables. Se controló y ahuyentó el odioso recuerdo y lo suplantó por otro más placentero. Tal y como le habían enseñado. Estaba preparada y no le quedaba ni un solo grano. Intentó ni dudar un momento pero al fin no lo pudo evitar y se acercó a verificar al espejo. Casi serena se contempló. Se juzgó científicamente y se felicitó. Era una mujer hermosa, diminuta, esbelta y elegante. Pero de todas sus cualidades lo que destacaba más era su piel. Todo el mundo lo decía. Tenía una piel única: limpia, fina, tersa y extraordinariamente suave. Era lo que más apreciaban todos. Ella presumía de su piel, pero no se jactaba por vanidad como tanta gente creía, lo hacía porque expiaba su precio y atesoraba su secreto. Además, de toda su formación, el bienestar de su piel había constituido el mayor obstáculo. Un reto inherente que afligía a todos los rarísimos ejemplos de su condición. Un desafío que sólo alguien tan tenaz como ella superaba. La piel era su ser o no ser. Ayer, su peor enemiga, hoy, su mejor amiga, su aliada. Era su Némesis como lo fue de sus escasos precedentes. Discurrió el índice por su frente y lo reunió delicadamente con el pulgar. Frotó sus dedos despacio y los abrió con mucho cuidado. Los examinó y comprobó aliviada que no había vestigio alguno. Aunque sintiese ganas de saltar de alegría continuó impasible. Los años de instrucción no habían transcurrido en vano y sabía controlarse todas sus emociones, desde fobias a alegrías, pues el autocontrol era parte esencial de su adiestramiento. Éste la había proporcionado la disciplina necesaria que le permitiría cumplir con éxito garantizado, tal y como aseguraban sus patrocinadores, la tarea para la que había sido criada.

Desde su nacimiento había debido sobrellevar una dieta terrible y cada día más ponzoñosa. Poco a poco sus tutores le administraban una cantidad minúscula de elaterina, una sustancia que se extrae de la cocción del cohombro silvestre, que diluían en unos filtros hieráticos. Paso a paso le aumentaban la dosis que debía ingerir, con muchísimo cuidado, para que asimilase el preparado sin problema. Había nacido el año de la Gran Sangría. Un año escaso después de la muerte del ultimo emperador Americano en medio de los terribles disturbios que acaecieron a raíz de la pugna por el poder. Fueron años funestos, cargados de traición, asesinatos, delaciones y conspiraciones. Los dictadores se sucedían unos a otros. Antes de que uno hubiese consolidado el poder, éste le era usurpado por otro tirano aún más cruel, despótico y sediento de sangre. Los disturbios eran continuos y de una virulencia sólo comparable a los de las ultimas guerras santas. Era una época en la que nadie estaba seguro. Nadie sabía cual sería su suerte. Cualquiera podía ser delatado, y tras juicio sumarísimo, una mera formalidad, condenado y ejecutado públicamente para el escarmiento y terror general. Y los cadáveres una vez disecados eran colgados de las antiguas farolas que alineaban las avenidas de la capital. En ese clima de terror y muerte, su madre, una profesora de Historia y Ciencias Naturales del Instituto de Semiótica Europeo antes de ser capturada, esclavizada y condenada a catalogar mosquitos en los pantanos repletos de anofeles de la Florida, la dejó a unos amigos que resultaron no serlo. Así, sin que se sepa bien lo ocurrido, ella acabó en las manos de unos mercaderes de esclavos especializados que desde que la adquirieron se dedicaron a convertir a aquella niña en un producto de lujo que les amortizase con creces su dedicación, inversión y tiempo.

Como en todas las épocas en que la brutalidad y la crueldad predominan, los más indefensos y que más sufren son las mujeres, los niños y los animales. Desde que la adquirieron sus dueños habían tenido muy claro que debían

darle una preparación muy especial si querían que sobreviviese y les generase un negocio lucrativo. La época de la paz había sido atropellada por la época de las tinieblas y la gente sobrevivía como podía con lo que fuese. Además, como en los periodos más tenebrosos de la historia humana, sólo había señores, esclavos y clérigos. Una mujer sólo podía aspirar a ser un pedazo de carne, un agujero para que gozaran los fuertes o una máquina de parir, excepto algunas privilegiadas como ella que por alguna razón u otra servían para algo distinto aunque no menos siniestro. Con las tristes perspectivas que le aguardaban como esclava, hija de esclava y además de padre desconocido, a sus bienhechores no les quedaron muchas opciones y tomaron una decisión poco convencional que les pareció la más acertada, para proteger su inversión, aumentar su valor, y hacerla útil y necesaria a sus futuros amos. A diferencia de otros periodos de la historia triste del planeta en aquel tiempo la esclavitud era un estigma del que no había redención. Cambiar el estatus de un esclavo estaba prohibido y, además, era imposible. Gracias a la nano-tecnología todos los esclavos, además de las marcas externas que les delataban llevaban circulando en la sangre un minichip eterno pues no existía forma de extraerlo ya que además de móvil era inteligente. A pesar de que se diga que cuando se hace la ley se hace la trampa, el chip era verdaderamente ingenioso, y por ello imposible de extraer. Por eso en esa era un esclavo lo era de por vida, y era monitorizado por los sistemas de seguimiento más sofisticados. Así sus patrones, los expertos mercaderes de artículos exclusivos, eran cultos y educados. Sus conocimientos de historia y ciencias naturales excepcionales les permitían condicionar a los esclavos desde niños para que fuesen esclavos codiciados y piezas únicas.

Su infancia había sido privilegiada, teniendo en cuenta su condición, pues tanto sus padrinos como su amo, un viejo y ambicioso senador, la habían mimado. Sus padrinos la mimaban por interés y el viejo la cuidaba, porque conocía su condición. Para él ella era una obra de arte entre las muchas de su colección de origen dudoso.

Ella era arma secreta, fuente de ingresos y comodín escondido bajo la manga, que podría utilizar en cualquier instante durante la larga partida que para él era la vida. Aunque sus criadores habían optado por la elaterina por ser letal también habían considerado otros aspectos. Aunque la sustancia no sabe bien tampoco es repugnante y si bien crea trastornos digestivos y anomalías cutáneas no produce otros efectos secundarios. Además, se puede combinar, como hacían en su caso, con otras sustancias que en dosis mínimas multiplicaban su potencia y disminuían los efectos negativos de aquella fórmula secreta. A pesar de la diarrea crónica, pruritos, supuraciones, furúnculos, golondrinos, pústulas, chupos, supuraciones, úlceras, fístulas, postillas, macerados, diviesos, lobanillos, verrugas, orzuelos, panadizos, espinillas, acné, y todo tipo de malos humores granados, había crecido fuerte. Así una vez pasada la pubertad y aliviada de los síntomas cutáneos, gracias a la interacción entre la adaptación natural de su organismo y delicadas friegas diarias con el mejor aloe de Vera, también se había hecho bella. Al final tras tantas friegas y tratamientos su piel parecía de porcelana, una pieza de cerámica original fruto de una técnica secreta mítica ya olvidada. Por eso, entre otras muchas razones, ella era un joya tan codiciada como lo es un pieza autentica de la dinastía Minga para colectores privados.

Había recibido una educación inmejorable en la Escuela de Esclavas Pontificias y conocía bien el arte del amor. Su sofisticación, belleza y condición le habían convertido, tal como sus tutores habían previsto, en la esclava más valiosa del senador. Éste la había cedido, a prueba, a un amo desconocido con la condición de que, si no ejecutaba su función satisfactoriamente, podía devolverla y recuperar su bolsa, hoy por fin había llegado su hora. Esperaba nerviosa pasar su primera prueba con éxito pues en caso de fracaso lo perdería todo. Si no corroboraba su eficacia perdería todos los privilegios que hasta ahora había disfrutado. Si fracasaba, probablemente sería vendida a un lupanar donde se pudriría el resto de su vida en

unas circunstancias miserables.

Cuando llegó al palacio los guardianes la escoltaron a una habitación junto a la entrada, donde una matrona vieja y refinada procedió a registrarla minuciosamente, por si llevaba armas escondidas. La había desnudado y con cara de asco, se había desecho de sus ropas, que ella creía lujosas, la había despeinado y tanteado la cabellera por si guardaba algo sospechoso. Incluso había palpado sus partes íntimas para asegurarse que no escondía nada. Toda previsión era poca tratándose de él, pues sabía que los enemigos le acechaban por doquier y muchos darían lo que fuese para librarse de un enemigo tan peligroso y con tanto poder. Una vez terminó el registro la matrona la cubrió con una toga y la escoltaron, con los ojos vendados, a través de un pasadizo sinuoso, a una cámara secreta del palacio.

Mientras aguardaba impaciente en la cámara a que él llegara, se observó en el espejo. Si, estaba hermosísima, las preparatrices habían hecho un excelente trabajo. Le habían recogido el pelo en un moño trenzado que hacía que su largo y fino cuello destacase. Le habían pintado las pestañas de un color azul brillante que resaltaba sus ojos de color y forma de avellana. Los labios se los habían coloreado ligeramente de un azul plateado suave y le habían maquillado los pómulos con un poco de mascara azul. La larga túnica azul de seda transparente que llevaba, velaba discretamente un juego de ropa interior de cuero azul oscuro con ligueros y medias de fina seda a juego. La habitación también estaba perfecta. La cama era grande y mullida, cubierta por un suave y acolchado edredón azul, llena de almohadones y con cientos de pequeños espejos incrustados en el armazón que reflejaban la luz suave y tenue de decenas de candelabros repartidos por la habitación. Si, todo estaba perfecto, tal como debía estarlo para un personaje de su categoría.

Todo lo que sabía de él era parte de la mitología y leyenda que le rodeaban. Muy pocos habían tenido el privilegio de verle en persona pero según se decía era un hombre maduro, fuerte, con una voluntad férrea y una crueldad que le había valido

muchos enemigos. La gente decía que como jefe de los azules se iba a convertir en el nuevo emperador y que, debido a la mano de hierro con que gobernaba, era la única esperanza de que las cosas volviesen a su cauce, y que volviese la era de prosperidad y paz que desconocían desde el último emperador. Pero ella sabía que no sería así, porque por eso le habían enviado a ella y no a otra. Estaba un poco nerviosa pues al ser la primera vez que haría uso de las facultades, que con tanto esfuerzo, tiempo y cuidado le habían proporcionado, no sabía a ciencia cierta el resultado de la prueba. Siempre cabía la posibilidad de que algo fallara. El método no era infalible y, por tanto, si su dieta de elaterina no hubiese sido la correcta o hubiese sido insuficiente... En fin pronto lo comprobaría. Mientras se admiraba en el espejo retocando su pelo se abrió la puerta.

El hombre que entró andaría por los cincuenta. Era moreno y tenía ojos azules, achinados, pequeños pero centelleantes y brillaban como el acero. Su nariz era grande y estaba rota y apuntaba hacia una boca grande con dientes afilados tallados artificialmente y pintados con colores metálicos a la moda de la época. Era bien parecido y estaba muy bien conservado. Tenía un cuerpo duro y musculoso, anchas espaldas y una talla impresionante. Su mirada era cruel y penetrante. La estudió de arriba abajo con curiosidad y ojos penetrantes. Ojos de mercader desconfiado que revisa una mercancía de primera, como para asegurarse de que está sin mácula y vale el precio negociado. Se tumbó en la cama y le hizo una seña para que se desnudara. Había comenzado la prueba. Ella comenzó a desnudarse despacio, moviéndose sensualmente. Él se aproximó y la ayudó. Dejó caer la túnica a sus pies y muy lentamente le desprendió de las cintas del sujetador, dejando que sus jóvenes y tersos pechos se asomasen naturalmente por encima de sus defensas de cuero azul. A continuación le descubrió el monte de venus dejando sólo un fino cordón de cuero que sujetaba las ligas y medias de seda. Él le tomó la mano y la condujo a su cinturón indicándole con ello que le cedía la iniciativa. El la dejó hacer, relajado pero

con el miembro fascinado. Tras una breve sesión de excitación previa, le preparo para culminar el momento definitivo. Subió lentamente a su regazo y dejó que la penetrará suavemente. Mientras él jugaba con sus pechos ella se contorsionaba fingiendo placer y esperaba ansiosamente el desenlace. Nadie le había dicho cuanto iba a tardar y por eso esperaba impaciente balanceándose rítmicamente sobre él. De repente notó que él se tensaba y tras una fugaz convulsión se quedo rígido. Emitió un breve gruñido, hizo una horrible mueca, puso los ojos en blanco y tras una serie de convulsiones, murió entre terribles espasmos. Fue una muerte tan violenta como silenciosa. La asfixia fue tan fulminante que la víctima apenas no emitió sonido alguno. Los susurros apenas perceptibles y las muecas exageradas parecían parte de una mala interpretación premeditada. Una mala muerte representada por un mimo de tercera, Ella se detuvo y le miró silenciosamente. Con una meticulosidad aprendida y una operación calculada, le puso los dedos en la yugular y busco el pulso. Esperó. Nada, no notaba nada. Ni un pulso, ni un movimiento la vena estaba abultada y rígida como si la sangre y todo el interior de su cuerpo se hubiesen petrificado. No cabía duda. Estaba muerto. Muerto como una lápida. Un mineral que se enfriaba por momentos. Ella aún estaba a la jineta. Temblando ligeramente se cubrió las mejillas con las manos. Por fin sonrió moderadamente aunque estaba muy satisfecha. Al fin, tras tanto sufrimiento y preparación todo había funcionado a la perfección. La muerte había sido fulminante. Era el arma secreta perfecta. Se tranquilizo pues lo difícil ya había acabado y ahora solo debía repetir el ritual que había practicado cien mil veces. Le puso en una posición natural. Le cerró los ojos y recogió con una guante reversible que se convertía la bolsita especial, propia de su profesión los excrementos del muerto.

Salió de la cámara y le dijo a los guardias que él descansaba y no quería ser molestado. La vendaron nuevamente y le escoltaron hasta la salida por el tortuoso pasadizo. Subió al coche que la esperaba y le condujo directamente a palacio. Allí, en

la mismísima puerta de entrada, la esperaba el Jefe de la guardia de corps. Él la saludó y la interrogó, impaciente. Gracias a una señal acordada él se identificó y ella comprendió que él era su desconocido amo y que era él quien la había contratado para ese trabajo temporal. Ella le informó detalladamente sobre todo lo que había sucedido. Él la felicitó satisfecho y le dio una bolsa llena de oro, un sobresueldo, un pequeño detalle que muchos considerarían un tesoro pero ella ya esperaba la recompensa pues sabía que aquellas primas por servicios rendidos de modo tan satisfactorio eran parte de la tradición y convenio que incluían su manutención y gastos. Besó su mano y le dijo que valía su peso en oro. Sí, se alegraba de haberla adquirido y se lo dijo así como que de nada se preocupase que él cuidaría de todo lo que a partir de ese momento sucedería. Se despidió asegurándole que contaba con ella para muchos otros trabajos y le dio una suave palmadita de amistad. Los esclavos de la casa acudieron y con una seña les indicó que la llevaran a sus aposentos. Entró en su suntuosa y elegante habitación y mientras varias esclavas la desnudaban, aseaban y perfumaban, sonrió. Sus años de preparación habían acabado. Se acabó la elaterina y se acabaron las diarreas. En una época, de traición, complot y muerte en la que nadie estaba seguro, ella tenía el futuro asegurado. Había consumado el asesinato y pasado la prueba. Sus benefactores estarían contentos. El senador estaría aún más contento porque había elegido bien. En estos tiempos no había nada tan valorado, incógnito y codiciado como los servicios que ella proveería sin esfuerzo y con garantía el resto de su carrera. Mujer misteriosa de condición secreta. Ella era bella, venenosa y mortal de necesidad. Tendida en la cama disfrutó del lujo, rodeada de resplandor, y segura de su protección pensó que por fin se habían acabado las penas. Ya lo había confirmado y como los que sabían, conocían a ciencia cierta, una vez conseguido el grado tóxico necesario, como cualquier otro de los animales más venenosos del mundo, que, tras la Rana veneno flecha, el Pez piedra, la Serpiente Taipán, las Avispas del mar, el Pulpo de anillos

azules, el Escorpión dorado israelí, la Araña de tela en embudo de Sydney, y el Caracol de concha marmórea, en el mundo de los tóxicos ella era la séptima maravilla ya mortífera de por vida. Por fin se acabaron los estudios, las dudas las incertidumbres y miserias. Tras una vida de sacrificios e inversiones, al fin, lo había conseguido. Había pasado la reválida y aunque no tendría ningún certificado alguno, ni convalidaciones, ni apostillas, ni ministerios de mierda, y aunque lo saborease en secreto la prueba era definitiva y disfrutaría del título de Venéfica.